



Por Diácono José M. Santos

Santa Alegría

La alegría es el segundo fruto del Espíritu Santo, San Pablo enumera nueve frutos del Espíritu Santo en la carta a los Gálatas 5, 22-23. Sabemos que el amor es lo primero, y más importante en la vida temporal y continuará siéndolo por toda la eternidad. La alegría es también importante y sorprendentemente es también compañera del amor aquí en la tierra y más lo será en el cielo.

San Pablo escribe: “En cambio, lo que el Espíritu produce es amor, **alegría**, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley. Y los que son de Cristo Jesús, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos. Si ahora vivimos por el Espíritu, dejemos también que el Espíritu nos guíe”. (Gal 5,22-25)

Toda criatura, quiere y desea, estar alegre; cada día nos esforzamos por estar alegres, no siempre lo logramos. Hay un momento para cada cosa: hay momentos para reír, hay momentos para llorar; hay momentos para sembrar, hay momentos para cosechar; hay momentos para trabajar, hay momentos para descansar, así es la vida bien variada.

La alegría es un fruto del Espíritu Santo, para poder vivir alegres, es necesario vivir muy, pero muy unido al Espíritu Santo. Jesús dijo “Yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia, si permanecen en mi producirán mucho fruto, quiero que vayan y produzcan frutos y que ese fruto permanezca.” Vivir unido a Jesús es la clave para vivir la alegría duradera, dejarse guiar por el Espíritu de Jesús realmente producirá abundante fruto.

San Francisco de Asís, vivía muy alegre a partir de que había renunciado a las riquezas de este mundo para amar las riquezas de cielo. Tanta era su alegría por haber conocido a Jesús que repetía y enseñó a sus discípulos y hermanos a decir esta frase famosa: **Paz y bien, Santa alegría**. Hoy la conocemos como el saludo de los franciscanos.

Un saludo con buenos deseos, siempre levanta el ánimo de los demás, especialmente en los momentos tristes en la vida. Un cristiano está llamado a sembrar alegría, amor, paz, paciencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio y amabilidad como dice el refrán: cosecha lo que sembraste. Es tiempo de comenzar a hacer la diferencia. Siembra buena semilla...

Me encanta esta cita de San Pablo: “Cada vez que me acuerdo de ustedes doy gracias a mi Dios; y cuando oro, **siempre pido con alegría por todos ustedes**; pues ustedes se han hecho solidarios con la causa del evangelio, desde el primer día hasta hoy. Estoy seguro de que Dios, que comenzó a hacer su buena obra en ustedes, la irá llevando a buen fin hasta el día en que Jesucristo regrese”. (Fil 1, 3-6).

Es maravilloso, muy agradable a Dios y a los hermanos en la fe, orar con alegría. Lo primero es que realmente el Señor contesta la oración del corazón alegre y agradecido. Lo segundo es contagioso y convence a los no creyente, a los que no practican la fe cuando una persona de fe, vive su fe con alegría, comparte su fe sin interés, con entusiasmo, y convencido que Dios realmente está vivo en medio de su pueblo.

SALMO 105, 1-6: “Los actos de Dios por Israel ¡Den gracias al Señor! ¡Proclamen su nombre! Cuenten a los pueblos sus acciones. Canten himnos en su honor. ¡Hablen de sus grandes hechos! Siéntanse orgullosos de su santo nombre. **¡Siéntase alegre el corazón** de los que buscan al Señor! Recurran al Señor, y a su poder; recurran al Señor en todo tiempo. Recuerden sus obras grandes y maravillosas, y los decretos que ha pronunciado; ustedes, descendientes de su siervo Abraham; ustedes, hijos de Jacob, sus escogidos”.

Muchos salmos, son expresiones del sentimiento. Este salmo 105 nos invita a celebrar la alegría de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El Señor siempre ha procurado que sus hijos estén siempre contentos. Nosotros en nuestra desobediencia buscamos la alegría en cosas que producen tristeza, conducen a una soledad desesperante, a un abismo y oscuridad aterradora, y todo eso es fruto del pecado que anida en el corazón.

Hablar de las historias de la salvación, siempre producen gozo en el corazón; tanto en quien las narra, como en quien las escucha. Hablar de cosas buenas produce mucha paz en el interior del ser humano. Evangelizar significa eso, llevar buena noticia a los oyentes. Es necesario hoy más que nunca, leer la Biblia, meditarla en el corazón, comenzar a poner en práctica lo que leemos y luego comunicar a los demás, la buena noticia de la salvación.

Hay más alegría en dar que en recibir. Este debe ser el lema de todo cristiano, dando es como recibimos. Creo firmemente que cuando todos los creyentes, comencemos a darnos, recibiremos el doble o más de lo bueno que podemos dar en nuestras limitaciones. Si yo pongo un poco de mí, Dios el Señor pone la otra parte para que todos alcancemos la felicidad que esperamos vivir aquí en la tierra y como premio extra, la vida eterna. Amen.